

En el CAMINO, en las ESPERAS...

Quizás por eso la Iglesia está presente, de una u otra forma, a lo largo de las rutas mexicanas que millones de personas toman en su camino hacia Estados Unidos.

Casas del migrante, albergues, centros de asistencia médica, módulos de atención a repatriados; en definitiva, hermanos que acompañan a sus hermanos. Como una forma de hacer más llevadero el duro camino, como un refugio, como un descanso antes de la siguiente etapa.

A veces la atención es un simple plato de comida pues no hay tiempo para más, el tren está al llegar. Otras, una pequeña cura de las heridas en los pies, también hay quien llega buscando apoyo jurídico por las graves violaciones de derechos que han sufrido, y en ocasiones únicamente necesitan ser escuchados.

En la Casa Ruchagalu de la ciudad de Matías Romero, al sur del país, en la diócesis de Tehuantepec, han conocido todo tipo de historias y rostros. El nombre de esta casa dice mucho del espíritu con el que se recibe a estos hermanos migrantes y es que Ruchagalu en zapoteco quiere decir bienvenido, acompañado.

Desde su apertura, hace siete años, las personas que voluntariamente se encargan de la casa dan la bienvenida y acompañan a todo el que llama a su puerta. Esto es posible gracias al apoyo incondicional de la comunidad parroquial pero también de todo el municipio e incluso de la ONU. Cada uno colabora con lo que puede: alimentos, mobiliario, medicamentos, hacer la limpieza y, sobre todo, dar cariño a estas personas que están sufriendo tanto.



Padre Ranulfo



Padre Francisco

«Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí». «En verdad os digo que cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí me lo hicisteis».

© Diócesis de Matamoros / Comisión Diocesana de Pastoral Social

FUI FORASTERO, Y ME HOSPEDASTE. MT. 25,35



© Diócesis de Matamoros / Comisión Diocesana de Pastoral Social



#MigrantesConDerechos En el CAMINO, en las ESPERAS. . .

El padre Ranulfo, coordinador de la pastoral de emigrantes en esta Diócesis de Tehuantepec, nos cuenta que las estancias suelen ser cortas, aún queda mucho camino y los migrantes no pueden dejar pasar a la Bestia (el tren que atraviesa México). Con el paso del tren, la casa se queda tranquila, pero enseguida aparece otro grupo. Algunos vienen heridos y para ello el personal de la casa tiene conocimientos de enfermería y, si es necesario se tiene la colaboración de distintos médicos y centros sanitarios. Otra parte del voluntariado tiene conocimientos jurídicos para poder atender a quienes pidan asesoría. Hay necesidades de todo tipo.

A 1.162 km de Matías Romero, en la frontera con ese sueño americano, encontramos al padre Francisco, coordinador de la Pastoral Social de la Diócesis de Matamoros. Allí también saben muy bien lo que es acompañar, recibir y escuchar. A pesar de que la meta parece estar al otro lado del Río Bravo, que separa ambos países, el padre sabe bien que el calvario no terminará una vez cruzada la frontera. Sin papeles ni recursos el sueño americano se convierte en pesadilla.

En los rostros de estas personas se ve la pobreza, la violencia, la persecución que les forzó un día a salir de sus lugares de origen en busca de alguna oportunidad. Especialmente dolorosa es la situación de las mujeres, que a menudo son explotadas sexual y laboralmente por los coyotes (las personas que los migrantes contratan para hacer la travesía) y la de los menores no acompañados: niños que desde los 4 años viajan sin ningún familiar; algunos porque intentan reencontrarse con sus familiares en Estados Unidos. Por desgracia, en muchas ocasiones el encuentro nunca se produce, como el caso de cuatro hermanos que salieron de la casa hogar que tiene la diócesis y de los que no se sabe nada.

Pero esta realidad no es solo la de aquellos que van en camino, sino también la de sus familiares que buscan noticias de aquellos que salieron y de los que nunca supieron nada. Y también es el caso de las personas que las autoridades estadounidenses repatrian, a quienes en esta diócesis atienden en el módulo de la estación de autobuses, nada más llegar.

En esta realidad es difícil hablar de esperanza y dignidad, pero ese es el mensaje que la Iglesia quiere transmitir a las personas que llaman a su puerta. El padre Ranulfo les habla de su derecho a buscar oportunidades, de que su dignidad, su cultura y su familia es inviolable. Reconoce emocionado que en cada rostro siente, toca y se encuentra Jesús.

Por su parte, el padre Francisco nos llama a hacer más. La Iglesia debe estar concienciada y ser sensible con esta realidad de millones de hermanos y hermanas que se ven forzados a lanzarse a este peligroso camino hacia una vida mejor.

© Diócesis de Matamoros / Comisión Diocesana de Pastoral Social

